

Federico Flievent

DONATIVO DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID

1940

EL AMIGO

DE LA

INFANCIA

1888. AÑO XV.

MADRID.

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA

59. Jacometrezo 59.



¡De boca y corazón
Llad al Dios del cielo!
El diónos bendición,
Vida, salud, consuelo;
Mirónos con bondad
Al darnos nuestro ser;
Su paternal fieldad
Nos guía por doquier.

Dios, rico sin igual,
Dénos en cada día
Un corazón filial
Y lleno de alegría;
Consérvenos la paz;
Su brazo protector
Nos lleve á ver Su faz
En la patria mejor.

Dios Padre, mi loor
Se eleva hasta tu trono;
Jesus, mi Redentor,
Tu salvación pregono.
¡Espíritu, en piedad
Acepta la oración!
Bendita Trinidad,
Te alaba tu Sion.

ÍNDICE DEL AMIGO DE LA INFANCIA.

AÑO XV. 1888.

Págs.

Págs.

Artículos religiosos y morales.

1. La vista de la tierra prometida.....	5
2. Curiosidad.....	18
3. El último pan del pastor Flattig.....	18
4. Cartas á los niños. Una visita á la Tierra Santa. 29. 38. 41. 46. 51. 56 y	58
5. El melocoton.....	43
6. Un niño de buen corazon.....	50
7. Camila y Leal.....	66
8. El buen Pastor.....	85 y 90
9. El refugio de la paloma.....	117
10. Pepito.....	131 y 135
11. El Pastor.....	133
12. En la cárcel.....	149
13. Ascension á la montaña.....	165
14. Por amor de Cristo.....	170
15. El temor de un padre.....	179
16. El frio.....	181
17. Cuento para fin de año.....	190

Textos é historias bíblicas.

1. Peregrinaje de Abraham.....	13
2. Los nombres de los animales.....	22
3. Sepultura de Jesus.....	45
4. La resurreccion de Cristo.....	61
5. Cain y Abel.....	77
6. El arca de Noé.....	94
7. Abraham y Lot.....	110
8. Entierro de Débora, ama de Rebeca.	125
9. Reconciliacion de Esaú y Jacob.....	141
10. Moisés ante la zarza.....	157
11. El agua de la peña.....	173
12. La anunciacion á los pastores.....	178
13. Los setenta ancianos.....	189
14. Salmo 121.....	192

Historietas y cuentos.

1. El fruto de Navidad.....	2
2. La Pequeña Madre (Conclusion) 2. 8. 11. 19. 23. 27. 32. 35. 39. 44. 47.	

51. 54. 59. 63. 68. 70. 75. 79. 84. 87. 91. 95. 99. 104. 106. 111. 115. 118. 122. 127. 131. 136. 139. 144. 147. 152. 154. 159 y 163.	
3. El padre nuestro como pasaporte.....	78
4. Un rey bueno.....	82
5. La torta maravillosa.....	114
6. El elefante y el mono.....	124
7. El calderero.....	130
8. La tentacion de Jorge.....	137 y 142
9. Marta.....	146 y 150
10. El centinela.....	158
11. Los huérfanos de la aldea.....	162
12. La morenita perdida.. 168. 171. 175. 180. 183. 187 y 191	

Historia y Geografía.

1. El cabo de Buena Esperanza. 3. 6. 10 y 14	
2. Esopo el Frigio.....	26
3. Las islas Sandwich.....	33
4. En Alejandria.....	37
5. Tánger.....	54
6. Los botocudos..... 67. 69 y 74	
7. En la pesca de la ballena.....	83
8. Federico III de Alemania.....	101
9. Jorge Stephenson.....	114

Historia natural.

1. El sol.....	14
2. Los animales microscópicos.....	34
3. Planta maravillosa Nepenther.....	54
4. Fuegos fátuos.....	87
5. Distancias atmosféricas.....	95
6. El pescador nocturno (la nutria).....	98
7. De la edad de los árboles.... 98. 103 y 105	
8. Halos. Parhelios.....	126
9. El ave fiel.....	146
10. La cigüeña.....	174
11. Los dípteros.....	182
12. El microscopio.....	186



EL AMIGO DE LA INFANCIA.—ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Anécdotas.			
1. Una buena obra.....	12	16. Niña jugando con un perro.....	65
2. Filipo de Macedonia.....	23	17. Construcción de una barca por los in-	69
3. Mejor que eso (José II de Austria)...	30	dios.....	69
4. Ejemplos notables de memoria.....	62	18. Bosque en la zona trópica.....	74
5. Franklin y el impresor.....	110	19. Un congreso de pájaros.....	81
6. Amor filial premiado.....	118	20. Paisaje con un monte alto.....	85
7. Por amor de Cristo.....	170	21. Una nutria con su presa.....	97
Parábolas y leyendas.		22. El emperador Guillermo I de Alema-	101
1. El sueño y la muerte.....	154	nia, abrazando á su hijo Federico..	101
2. El rey árabe y el poeta.....	163 y 166	23. Recreos de Jorge Stephenson. (Dos niños	113
Himnos con música.		con una máquina).....	113
1. Despertad, despertad, oh cristianos	9	24. Una paloma escapando de un milano en la	117
(segunda música).....	9	motonería de un buque....	117
2. Del frígido Pirene.....	25	25. Un mono sobre un elefante cruzando	124
3. Venid, oh pecadores, en busca de per-	41	un rio.....	124
don.....	41	26. Un niño calderero descansando.....	129
4. Jerusalem, Altísima ciudad..	57	27. Un pintor en Palestina con un pastor de	133
5. Espíritu divino (Música: Cabeza en-	73	ovejas.....	133
sangrentada).....	73	28. Un ánade resguardando á sus huevos	145
6. Aparte del mundo.....	89	de la nieve.....	145
7. De boca y corazón.....	105	29. Un misionero predicando en la	149
8. Feliz yo voy allá, al cielo voy.....	121	cárcel.....	149
9. Despierta, triste pecador.....	137	30. Tres niños dando de comer á un cor-	161
10. Oye la voz, Señor.....	153	derito.....	161
11. Mi Jesús, mi Salvador.....	169	31. Dos hombres subiendo á una señora	165
12. Gloria á Dios en las alturas.....	185	en los Alpes.....	165
Ilustraciones.		32. Niña en la nieve jugando con un aro.....	181
1. Niño rendido de jugar, durmiendo en un	1	Láminas bíblicas.	
sillon.....	1	1. Peregrinacion de Abraham.....	13
2. Buque navegando al lado de una roca.	4	2. Adam dando nombres á los animales.....	21
3. Peregrino viajando.....	5	3. La víctima propiciatoria.....	42
4. Un buque de vapor.....	6	4. Sepultura de Jesús.....	45
5. Mar y rocas.....	10	5. Betania.....	51
6. Madre y niño mirando al sol..	14	6. El Huerto de Getsemani.....	56
7. Paisaje de las Islas de la India.....	15	7. Jesús en la Cruz.....	58
8. Un ánora.....	16	8. Resurrección del Señor.....	61
9. Niños curiosos abriendo un fuelle.....	17	9. Aparición de Jesús á Pedro.....	62
10. Mujer dando pan á unos niños.....	19	10. Adam y Eva ante el cadáver de Abel.	77
11. Ciudad oriental. (Damasco).....	29	11. El arca de Noé.....	93
12. Paisaje de las Islas Sandwich.....	33	12. Abraham y Lot.....	109
13. Aguador alejandrino.....	37	13. Enterramiento de Débora, ama de Re-	125
14. Un niño rescatando á un gato.....	49	beca.....	125
15. Tánger.....	53	14. Esaú y Jacob abrazándose.....	141
		15. Moisés ante la zarza ardiendo.....	157
		16. Moisés dando con la vara en la peña.	173
		17. Los pastores en el campo de Belén.....	177
		18. Moisés y los setenta ancianos.....	189



EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.



AÑO XV.

MADRID 1.º DE ENERO DE 1888.

NÚM. 166.



CB

EL FRUTO DE NAVIDAD.

En uno de los frios dias de la pasada Navidad tuvo lugar la fiesta del arbolito en casa de Hilario. El salon donde se habia de verificar la fiesta, estaba alegremente decorado: lucia el árbol en el centro de la sala, con sus muchísimas luces y una jóven madre miraba hácia la puerta, delante de la cual estaba el pequeño con toda la curiosidad é impaciencia que se puede imaginar. En sus ojos radiantes se leia el gozo de la esperanza, y aunque no era menor la alegría de sus hermanos mayores, su cara infantil tenia el brillo de la mirada que sólo se ve en la primera infancia, y que parece como un reflejo del gozo de los ángeles.

Por fin se abrió la puerta, apareció el árbol iluminado, y él el primero y luego sus hermanos entraban corriendo, y despues de haber cantado y dicho la historia del Nacimiento de Jesus, la madre los colocó á cada uno ante su regalo. Entónces el júbilo ya no conocia límites. Sobre todo, Hilario estaba encantado porque vió en su mesa cumplido el deseo de sus sueños infantiles: un tambor y una trompeta, que por fuerza habian de ser probados al instante y alternativamente. Alborotó la casa, despertó al gato, que tranquilamente dormia junto al fogon de la cocina, pero luego corrió á su madre y le dió un beso.

Al dia siguiente estuvo la madre á punto de arrepentirse de haberle hecho

tal regalo; levantóse Hilario al amanecer, y en cuanto se levantó, nadie pudo dormir; pues cual trompeta que da puntual el toque de diana, corrió con el tambor y la corneta toda la casa, haciendo levantar á todos. ¡Qué alegría luego pasear con su querido tambor por el campo, todo cubierto de una inmensa sábana de nieve, seguido de todos los perros de la aldea, que con sus voces parecian querer acompañar el redoble del tambor! No era extraño que por fin volviese cansado á casa; vedlo en la lámina dormir rendido en el sillón, donde la madre le habia puesto, guardando aún sobre sus rodillas el tambor.

¿Y á vosotros, amiguitos, os han dado tambien regalos en la Navidad? ¿Y habeis estado agradecidos á vuestros padres y á Dios que ha revelado su grande amor á los niños dándoles su Hijo?

Pero quiere que mostremos nuestra gratitud amando á nuestros hermanos. Tal vez habeis jugado, y no habeis pensado en que otros estaban tristes; tal vez habeis comido, sin acordaros de los que tenian hambre. Pues aún es tiempo; buscad los niños pobres en vuestra vecindad ó alguna niña enferma, y ofrecedles algo de lo mucho que habeis recibido. Porque Dios ama al dador alegre.

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Los ojos de Pequeña Madre brillaron, pero no se atrevió á decir una pala-

bra, y se contentó con desear á la señora Carlos una buena noche, poniendo suavemente el gato sobre su cama.

«Esta pequeña es la sola niña que he visto cerrar una puerta sin hacer ruido,» se dijo la enferma cuando ella hubo salido: «y despues, mi gato la quiere y se encuentra bien con ella; esto es una prueba cierta de que la niña no tiene malicia. Vamos, buenas noches, Minino, nosotros vamos á dormir los dos un poquito, si estos malhadados dolores me lo permiten.»

El gato pareció comprender que su ama no podia acariciarle, como de costumbre; emprendió un peregrinaje hácia su cara y se rozó contra su mejilla, despues de lo cual volvió á su sitio acostumbrado y se arregló cómodamente para seguir sus instrucciones.

A la mañana siguiente la señora Carlos estaba mejor y pudo levantarse un poco. Pequeña Madre fue fiel á su promesa; puso la habitacion en órden, fue á buscar la leche é hizo el café.

Carlitos dejó pasar la taza llena sin vaciarla un poco por su cuenta; pero cuando su hermana volvió á subir y observó que ésta, rendida por la fatiga, se habia visto obligada á apoyarse en la pared, suponiendo que el hambre seria la causa de su debilidad, le aconsejó que para reanimarse bebiera unas gotas de aquella buena leche.

«Oh! no,» respondió ella, «no tengo hambre.»

Y en efecto, al comer no pudo tocar sus patatas; toda la tarde estuvo senta-

da, sin moverse, sintiéndose alternativamente fria y caliente. Carlitos queria ir á pasearse, y ella se levantó para seguirle, pero sufrió un mareo tan fuerte, que la obligó á volver á sentarse. Carlitos refunfuñó un poco, y enseguida marchó á jugar en el patio; y cuando volvió, Pequeña Madre estaba extendida sobre la cama y le hizo sitio para que se acostara cerca de ella.

«¡Cuánto calor tienes!» le dijo, tocando sus manos calientes; «yo no tengo calor, hace frio esta tarde en el patio.»

«¿No habrás cogido un resfriado, mi Carlitos?» preguntó la pequeña cuya solicitud estaba siempre despierta.

«No, pero tú tomas demasiado sitio. Déjame ponerme en medio; así estaré mejor, y dame toda la manta. Tú no tienes necesidad de ella, porque tienes calor. Se envolvió como mejor pudo, mientras que Pequeña Madre, á quien la fiebre atormentaba, se quedó inmóvil para no impedirle dormir. A la media noche, se despertó fria y temblando, con los miembros pesados y la cabeza ardiendo.

«¿Qué llegaria á ser de Carlitos si yo cayera enferma?» se preguntó.

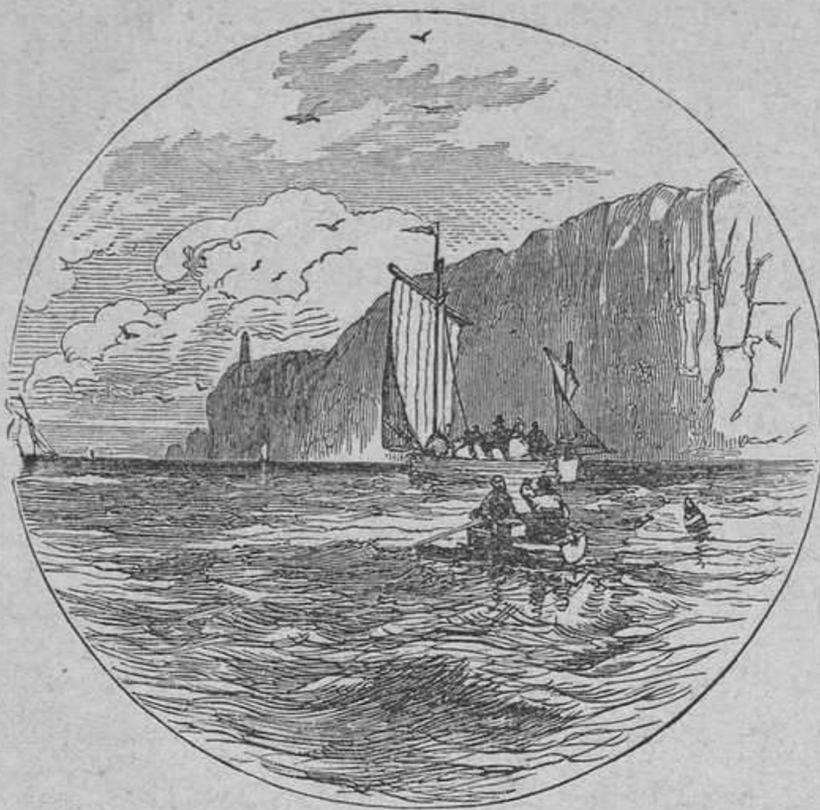
Pero no se detuvo sobre esta idea, y hácia la mañana durmió un poco.

(Se continuará.)

EL CABO

DE BUENA ESPERANZA.

Cuatro siglos hace que el continente de Africa está llamando la atencion de



Europa; y atrevidos exploradores de las costas fueron los precursores del esclarecido Livingstone y del perseverante Stanley, que nos han revelado misterios del Africa Central y de las extensas comarcas comprendidas desde la costa oriental hasta el Congo y el Océano Atlántico.

Antiguas historias dicen que ya mil años antes de Jesucristo, los fenicios, incitados por los faraones egipcios, habian dado la vuelta á Africa con sus buques de Tarsis, y que habian traído de este viaje cantidades enormes de oro, ébano y piedras preciosas.

Pero con la ruina de aquel pueblo navegante todos esos descubrimientos se habian dado al olvido, y de Africa ya no se conocia más que la costa del Norte bañada por el mar Mediterráneo y el mar Rojo, y además el espacio comprendido entre el estrecho de Gibraltar y el promontorio situado en la parte S. de Marruecos, y cuyo nombre *Nun!* (No!) parecia dar un ¡alto! enérgico al

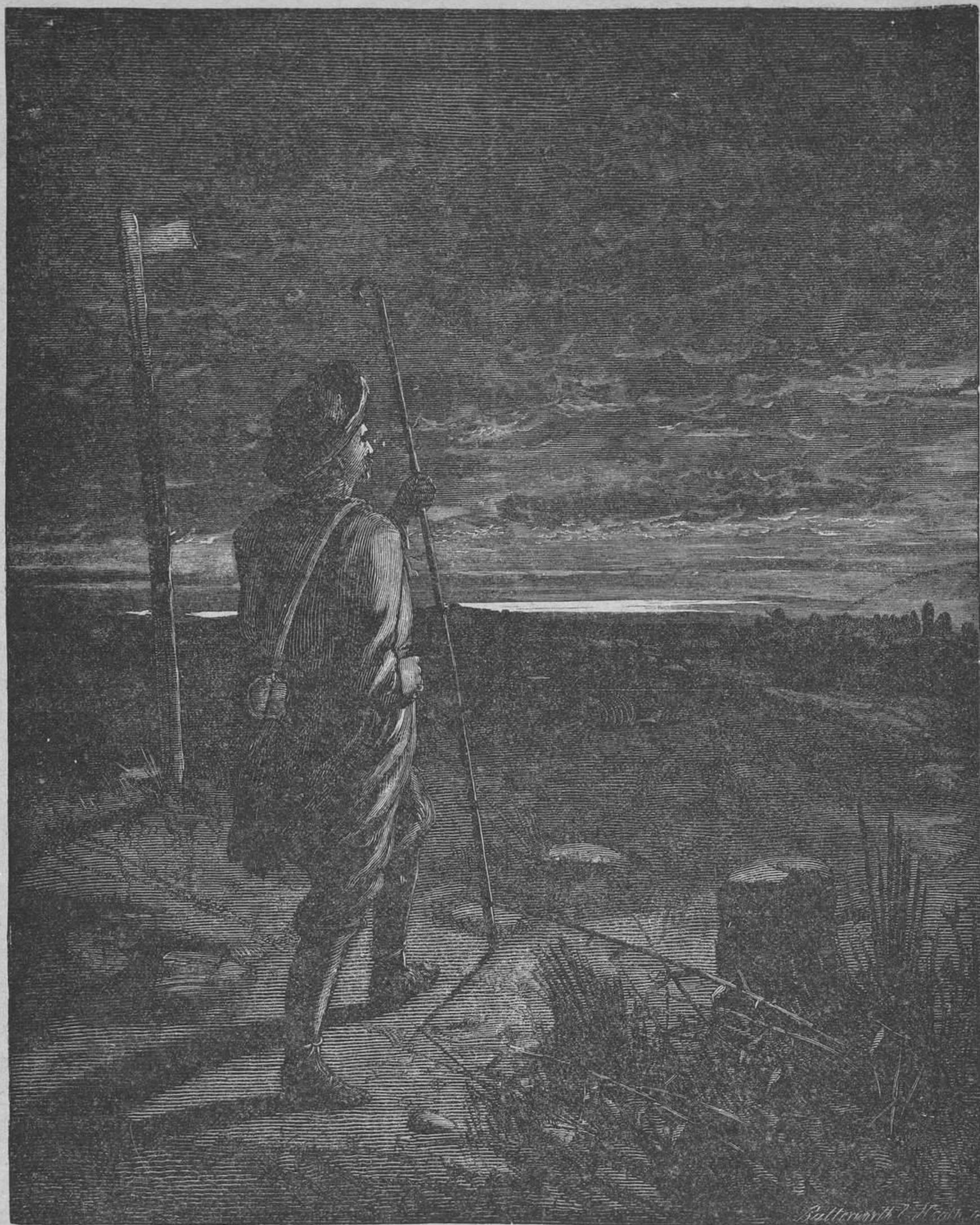
aventurero que intentara penetrar más al Sur.

Pero ¿cómo era posible que hácia el Sur el cabo *Nun* pudiese cerrar el paso mientras que en el Norte navegantes atrevidos escudriñaban toda la costa de Europa, haciendo frente á los peligros del mar hasta Noruega, las islas de Shetland, Islandia y Groenlandia?

La imaginacion popular revestia de terrores todas las noticias que se tenian del mar del Sur y de sus contornos.

Creíase que en aquellas regiones el sol abrasador hacía brotar de la tierra vapores venenosos y deletéreos; y que el mismo terreno incubaba horrorosos dragones, serpientes disformes y desconocidos monstruos. Por eso en el cabo *Nun* principió la region desconocida para los navegantes, que no se atrevian á alejarse mucho de la costa, temiendo perderse en el Océano inmenso.

Allí comenzaba el desierto de Sáhara, donde se hacian una guerra gigantesca y continúa el viento ardiente de la zona ecuatorial y los aires helados é impetuosos procedentes de las sierras del Atlas, revolviendo las aguas del Atlántico hasta el fondo y produciendo escollos bramadores; y los navegantes más atrevidos temian ser lanzados á aquel desconocido Océano, donde no tendrían ni aún esperanza de encontrar la salida, ó estaban en peligro de ser empujados hácia la costa ardiente de Africa, donde creían perecer bajo los rayos del sol, faltos de agua y pan, ó entre las manos de los salvajes. (Se continuará.)



LA VISTA

DE LA TIERRA PROMETIDA.

—
 Cuenta Juan Bunyan en su famoso

libro *El Peregrino*, que mucho ántes de alcanzar el fin deseado de su camino, los dos peregrinos, Cristiano y Esperanza, entrando en el país de las Delicias,

fueron llevados por algunos pastores á un sitio más elevado del terreno, para descubrir desde allí algo del esplendor de la tierra prometida.

A todos nosotros, no sólo á los mayores, sino á los niños también, se presenta el principio del nuevo año como una estación parecida en el camino de nuestra vida. Tenemos, como el Peregrino de nuestra lámina, delante de nosotros una gran llanura, un camino de doce meses, ó trescientos sesenta y seis días; pero este espacio de tiempo, lo mismo que el camino del Peregrino, está oscuro, porque no sabemos lo que puede traernos el año nuevo á nosotros ó á nuestra familia; mas el Peregrino, según vemos, no se abate ante esta oscuridad, sino que con la cabeza erguida marcha hácia adelante alegremente porque ve á lo lejos en el horizonte una luz brillante que le indica que se aproxima ya el nuevo día. Marchemos, amiguitos, como él, por el camino de la vida, puestos los ojos en la luz que brilla también para nosotros en el porvenir oscuro. Esta luz es Nuestro Señor Jesucristo.

El nos ha abierto el camino hácia la tierra de nuestros deseos, y él es aquel que nos ha de traer aquel día glorioso en que no habrá muerte, ni llanto, ni aflicción, ni oscuridad ó tinieblas; por esto, él mismo se llama la Estrella resplandeciente y de la mañana; por la misma razón, los primeros cristianos pusieron su nombre al principio del año, y llamaron á este día Emanuel, *Dios con*

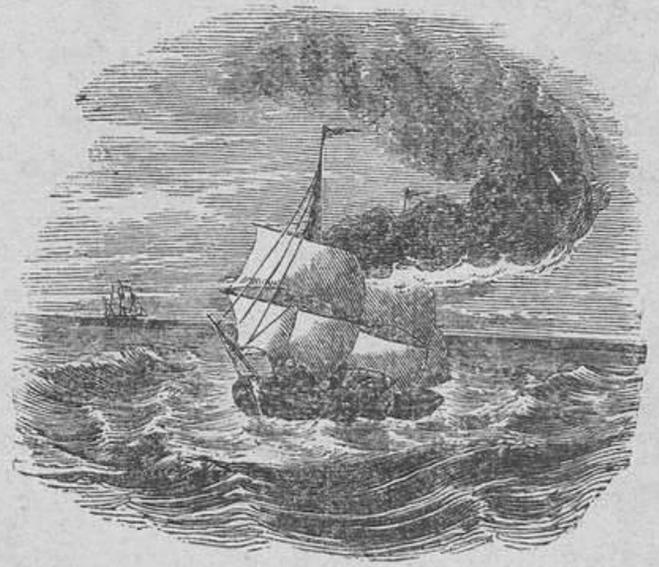
nosotros, para indicar que si él está al principio del año y si él va con nosotros, no hay oscuridad en el camino del porvenir. ¡Felices nosotros, que sabemos que al fin del camino de nuestra vida no está la oscuridad del sepulcro tenebroso, sino la gloriosa luz de la Jerusalem celestial!

EL CABO

DE BUENA ESPERANZA.

(Continuacion.)

Nadie hablaba ya de la posibilidad de penetrar más hácia el Sur, cuando en 1291 Federico Doria y los dos Rivaldi salieron de Génova para dar la vuelta á Africa, siendo vistos por última vez desde la costa de Marruecos, cerca del temible cabo *Nun*.



Sin embargo, el entusiasmo por las empresas atrevidas fue avivado cuando el armador Gioja Amalfi perfeccionó el uso de la aguja de marear, colocándola en una cajita, siendo así que antes flotaba encima de un pedazo de corcho en el agua.

Encontrar un camino por mar á las Indias, el país que se soñaba lleno de riquezas y de delicias, fue la idea y el deseo que preocupaba continuamente en el siglo XV tanto á los pensadores y navegantes ya conocidos, como á los aventureros y á la juventud ambiciosa.

La misma idea que al fin del mismo siglo impulsó á Colon para atravesar con direccion al Oeste un mar nunca explorado, ya ochenta años antes, habia llenado los pensamientos del príncipe don Enrique de Portugal, tercer hijo del rey don Juan I, que se distingue en la historia con el nombre bien merecido de *El Navegante*.

Aficionado al estudio de la ciencia naval, y siendo aquella parte de la península española centro de todos los esfuerzos que entónces se hacian para el descubrimiento de países y caminos lejanos y desconocidos, edificó cerca del cabo de San Vicente la pequeña ciudad de Sagres con un colegio naval, un arsenal y un astillero.

En el castillo, desde cuyas ventanas se extiende la vista sobre el inmenso Océano, reunió á todos los hombres que se distinguian como navegantes y como comerciantes, contando entre ellos algunos moriscos del interior de Africa. Tratábase de hallar los medios de vencer como los antiguos fenicios los obstáculos que se oponian á la exploracion del continente, y llevar á los paganos las palabras del evangelio.

Estos proyectos entusiasmaron á los portugueses, que entónces no eran más

que sencillos pilotos de costa; nuevos buques se equipan, y despues de diferentes é inútiles ensayos, Juan Gonzalez Zarco y Tristan Vaz Texeira, lograron pasar el cabo Nun, acercándose al cabo Bojador, mucho más peligroso que el de Nun. Pero allí les sorprendió una tormenta, los lanzó lejos de la costa, y encontrándose en alta mar se dieron ya por perdidos, á pesar de su brújula. Pero pronto cambia el viento de direccion, soplando ménos fuerte, y los náufragos descubrieron la primera de las islas de Madeira, que llaman Porto Santo. Desde allí vuelven con ayuda de la brújula y de un viento favorable á Sagres, donde dan noticias de los peligros y trabajos sufridos, y del país descubierta, y piden permiso para volver á Porto Santo, y colonizar la isla.

Pero como si fueran verdad los cuentos espantosos que el vulgo referia, los colonos observaron aterrados un fenómeno meteorológico, consistente en una nube que allá en los límites del horizonte visible permanecia estacionada ocupando una posicion vertical. ¿Qué seria aquello? Algunos se figuraban ver la entrada del infierno, y nadie se atrevia á dirigirse hácia el sitio en que se parecia. Zarco volvió á Portugal, pero ninguno de los navegantes más experimentados que rodeaban al príncipe, pudo dar una explicacion del enigma. Al fin se encontró un piloto español que sabia dar noticias de un marinero inglés, llamado Machin, que tambien habia sido llevado por el viento á aquella

region del Océano, donde encontró una isla, pero un viento muy fuerte le rechazó á la costa de Marruecos, donde sufrió mucho tiempo en las cadenas de la esclavitud. Este piloto se decidió á acompañar á nuestro Zarco. Llegados á Porto Santo, volvieron á ver al espantajo, pero el español pretendia firmemente que eso era un fenómeno muy natural, y que esa nube eran los vapores de algun volcan como el Vesubio ó el Etna. Del mismo parecer fue tambien Zarco, que decidió dirigirse con el piloto hácia el sitio que les asustaba; pero no encontraron marineros que se atrevieran á hacer el viaje á la *entrada del infierno*.

(Se continuará.)

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

XVI.

Era un domingo por la mañana. Pequeña Madre se habia levantado débil y rendida por la mala noche que habia pasado, pero no tenia ya fiebre y se creia restablecida. Hizo su servicio á la señora Cárlos, que empezaba á mejorarse; fué á buscar la leche de Su Majestad peluda, y al llevarla tuvo que sentarse tres veces en la escalera: tan fatigada se sentia. Nadie se apercibió de su color pálido y de su cansancio, de que no comia y de que se mantenía con trabajo. Ella no se asustaba. Pobre niña, sin madre desde mucho tiempo, no sabia

lo que es ser objeto de una tierna solicitud.

Era necesario hacer vestir á Carlitos para ir al hospital, y el pequeño rebelde tenia la costumbre de transformar esta ceremonia en una verdadera prueba para la paciencia de su hermana. En este dia fue particularmente indócil. Pequeña Madre, demasiado fatigada para luchar con él, se sentó sobre el borde de la cama y se puso á llorar.

Carlitos la miró un poco sorprendido y pronto se arrepintió de haberla puesto en este estado, porque sabia que Pequeña Madre no lloraba por poca cosa.

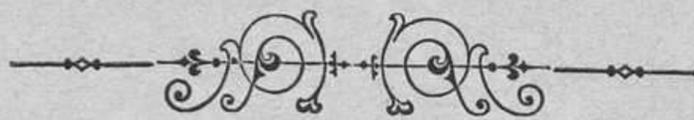
«Mira, ha dado el cuarto y tú no estás todavia arreglado, Carlitos. Llegaremos demasiado tarde. Si padre está mejor, debe aguardarnos.»

«Pero, ¿y si no está mejor?» dijo Carlitos. Escucha, yo no quiero verle si está todavia como el otro dia; esto me da miedo.»

«Estoy bien segura de que estará mejor, mi Carlitos. El nos reconocerá, nos hablará tal vez. ¡Oh! démonos prisa, ya quisiera estar allí.»

Y reanimada por esta esperanza, se levantó, acabó de asear al niño, que ya no resistia, y los dos se fueron, cogidos de la mano, como los hemos visto tantas veces.

(Se continuará.)



MODERATO.

4. ¡Des-per - tad, des-per-tad, oh cris - tia - nos, Vues-tro sue - ño fu - nes - to de -

jad! Que el cru-el e - ne - mi-go os a - ce - cha, Y cau-ti-vos os quie-re lle -

var. ¡Des-per - tad! las ti - nie-blas pa - sa - ron, De la no - che no sois hi - jos

ya, Que lo sois de la luz y del di - a, y te - neis el de - ber de ve -

lar Que lo sois de la luz y del di - a, y te - neis el de - ber de ve - lar.



2.

Despertad y bruñid vuestras armas,
 Vuestros lomos ceñid de verdad,
 Y calzad vuestros pies con apresto
 Del divino evangelio de paz.
 Basta ya de profundas tinieblas,
 Basta ya de pereza mortal,
 Revestid, revestid vuestro pecho
 Con la cota de fe y caridad.

3.

La gloriosa armadura de Cristo
 Acudid con anhelo á tomar,
 Confiando que el dardo enemigo
 No la puede romper ni pasar.
 Oh cristianos, antorcha del mundo,
 De esperanzas el yelmo tomad,
 Embrazad de la fe vuestro escudo,
 Y sin miedo corred á luchar.

4.

No temais; que de Dios revestidos
 ¿Qué enemigos venceros podrá,
 Si tomais por espada de Espíritu
 La palabra de Dios Jehová?
 En la cruz hallareis la bandera,
 En Jesus hallareis capitan,
 En el cielo obtendreis la corona:
 A luchar, á luchar, á luchar.

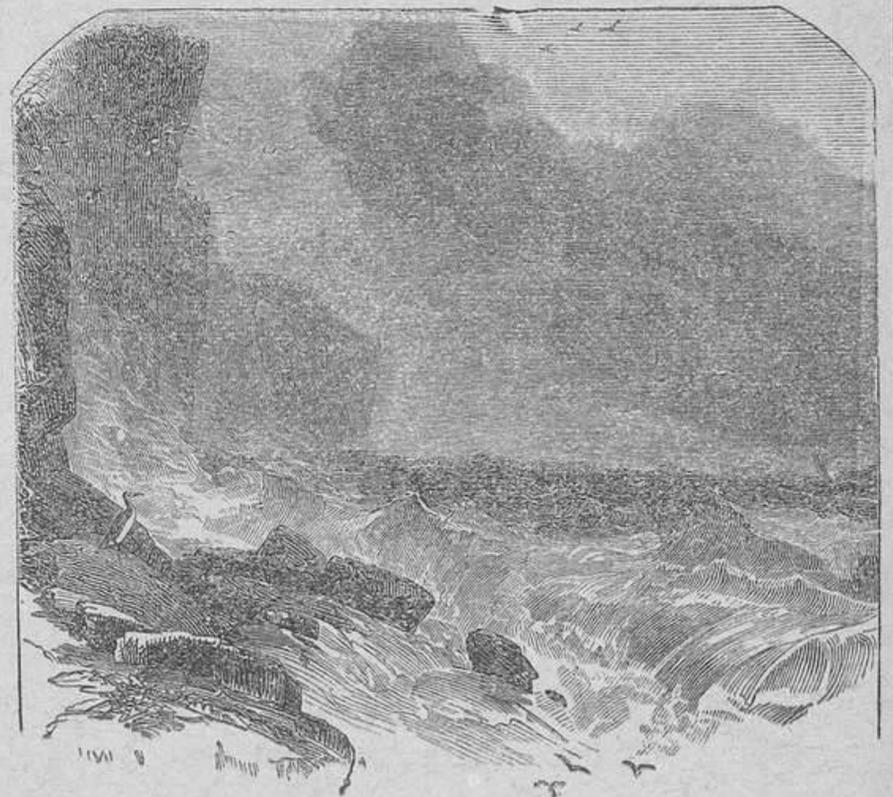
EL CABO

DE BUENA ESPERANZA.

(Continuacion.)

Al fin pudieron salir de Porto Santo, pero cuanto más se acercaban á la nube misteriosa, más se agrandaba esta, proyectando una sombra oscura sobre el mar, cuyas olas se agitaban con más

ruido. La imaginacion de los marineros creia distinguir en el humo ciertos fantasmas y su miedo llegó al último extremo. Por todos los santos de la corte celestial pidieron á Zarco que volviese. Pero este y el español quedaron firmes, y pronto fue recompensado su valor. Ya se distinguian los contornos de una isla y pocos minutos despues pudieron contemplar desde las montañas de Madeira los pintorescos y alegres valles, adornados por sombríos bosques que rodean la isla. La nube que tanto miedo habia causado á los habitantes de Porto Santo y á los marineros era el humo que aun hoy se ve detrás de esa isla y que procede del volcan de Tenerife.



Habiendo salido bien esta aventura, se atreve en 1432 el valiente Gilianes á pasar por el temido cabo de Bojador, que se extiende como una larga lengua de piedra roja un gran trecho al mar, y cuyos escollos terribles son más peligrosos aún por los bancos de piedra que lo

rodean á gran distancia por todas partes.

Gilianes, confiándose á su brújula, da la vuelta por el cabo, exponiéndose á los peligros de la mar alta y llega á la costa lozana de Africa en el Sur del Sáhara. Se descubren el Cabo Verde y sus islas, el rio de Gambia, animándose así el valor de penetrar al fin hasta las Indias.

Más y más héroes navales, entusiasmados por el Príncipe, siguieron el nuevo camino, y más y más perdió la mar sus terrores. Uno de los más célebres navegantes fue el veneciano Alonso da Cadamosto, que en un viaje de Venecia á Flandes visitaba al Príncipe en su castillo de Sagres.

Incitado por este salió en 1445 para hacer descubrimientos. Pasando por Madeira y las islas Canarias, siguió la costa del continente y llegó á la desembocadura de un rio, donde la lozana magnificencia de la vegetacion tropical se desplegaba en todas sus gradaciones. Allí recibe noticias sobre el misterioso interior del continente oscuro, y lleno de ánimo sigue su viaje hácia el Sur. Pronto nota que la costa va tomando otra direccion, y que en vez de dirigirse hácia el Sur se extiende hácia el Este, y ya cree que ha descubierto el camino para las Indias. Pero pronto se desengaña; la costa vuelve otra vez á dirigirse hácia el Sur.

Pero el alma de todos estos ensayos, aquel á quien los portugueses tenian que agradecer todo lo que habian adelantado en la ciencia naval, todos sus descubri-

mientos, se muere. En 1460 el príncipe Enrique, *El Navegante*, dejó de existir. Sin embargo, el impulso que él habia dado siguió aún algun tiempo, y tenemos que nombrar dos hombres de ese tiempo que se habian ganado muchos lauros por el descubrimiento del rio Congo y del cabo de la Buena Esperanza, Diego Cano y Bartolomé Diaz.

(Se concluirá.)

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

El hospital no estaba muy léjos, pero las fuerzas de Pequeña Madre fueron enseguida agotadas. Tuvo que detenerse muchas veces; le parecia que sus piernas eran de plomo. En fin, llegaron á la entrada de la gran sala; la pobre pequeña se detenia con fuertes latidos del corazon. ¿Encontraria á su padre en el mismo estado en que le habia dejado? La esperanza que hasta ahora la habia sostenido, la habia de pronto abandonado y ni siquiera se atrevió á mirar alrededor de sí.

Pero la buena hermana los habia reconocido; se aproximó á ellos, los abrazó y les dijo:

«Dad gracias al buen Dios, hijos míos, vuestro padre está mejor.»

A estas palabras, el corazon de Pequeña Madre dió un gran salto dentro de su pecho.

Y siguieron á la hermana que habia cogido á Carlitos por la mano.

En efecto, el padre estaba mejor. El los vió y se sonrió; acarició sus cabezas, y les habló un poco; pero, ¡cuán cambiado estaba! Los ojos hundidos, las mejillas salientes, la cara lívida y una voz tan débil que apenas se le entendía; pero era él; y Pequeña Madre, que tenía una mano puesta entre las suyas, lloraba de gozo. Cárlos no las tenía todas consigo ante aquella cara desfigurada, y desde cierta distancia miraba á su padre con espantados ojos; pero poco á poco el sentimiento de la familia se despertó, y dejando la ropa de Pequeña Madre, que había tenido entre sus manos apretada hasta entónces, se acercó á la cama. Ambos se sentaron y la hermana les dijo que podían quedar mucho tiempo con tal que estuviesen tranquilos. Después los dejó para ir á cuidar á sus otros enfermos.

Durante un momento, nadie habló. Pequeña Madre miró enfrente de sí, y en la cama donde tres días antes había un enfermo que la había pedido de beber, vió otra cara. ¿Dónde estaba? Recorrió con los ojos todas las camas que podía divisar, y no lo encontró por ninguna parte. Sin que se diese por completo cuenta de su impresión, se estremeció.

De repente habló su padre:

«¡Pobres niños! ¿quién ha tenido cuidado de vosotros?»

Pequeña Madre respondió que los señores Perlet eran muy buenos para con ellos.

«Sí,» añadió Cárlos, que había vuelto

á encontrar su lengua al mismo tiempo que su tranquilidad; «y luego nosotros tenemos una pieza de oro, y tú no sabes, padre, dicen ellos que Pequeña Madre ha robado, pero esto no es verdad.»

El padre se estremeció al oír estas palabras; dejó ir la mano de Pequeña Madre y se volvió penosamente hácia ella.

«¡Robado!» repitió; «¿tú has robado, niña?»

Y la miró atentamente.

«No, padre, yo no he robado.»

«Pero ¿cómo lo han podido creer? Cuéntamelo todo.»

La niña contó en algunas palabras su historia; el enfermo la escuchó con una atención viva: necesitaba un esfuerzo para vencer su debilidad y seguir la relación de la pequeña hija; sus ojos hundidos estaban fijos en ella con penosa ansiedad. *(Se continuará)*

UNA BUENA OBRA.

Hace pocos días llamó la atención en la Rambla de Estudios de Barcelona una señora inglesa que compraba cuantos pájaros le ofrecían á 15 y 20 céntimos, con el solo objeto de darles libertad.

En pocos momentos se llenaron los árboles de dicha Rambla de centenares de jilgueros, verderones, pardillos, pinzones y gorriones, que luego iban desapareciendo á grandes bandadas, pareciendo despedirse de su bondadosa libertadora con estridentes chillidos de alegría.



PEREGRINAJE DE ABRAHAM.

Dios dijo á Abraham: «Vete de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre á una tierra que yo te mostraré, y haré de tí una nacion grande, y te bendeciré y serás bendicion. Bendeciré á los que te bendijeren y á los que te maldijeren maldeciré, y serán benditas en tí todas las naciones de la tierra.»

Con esta promesa le mandó á una tierra incógnita, á la edad de 75 años, prometiéndole una sucesion numerosa, cuando aún no tenia un hijo, por el cual tuvo que esperar 25 años. Mas Abraham no desmayó en su fe, y aunque estando

peregrinando en la tierra de la promesa toda su vida, se hizo enterrar allí, en una propiedad comprada por él, en la seguridad de que Dios daria esta tierra á su simiente tras él; así fue hecho el padre de todos los creyentes.

Le vemos entrar aquí en la lámina, con sus muchos ganados de camellos, bueyes, ovejas, etc., empezando su peregrinaje en la conviccion segura de que Dios lo llevará á feliz término.

Amiguitos míos, aprendamos nosotros del padre de los fieles. Empecemos nuestro camino en la firme confianza de que el Dios de los peregrinos, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob tam-

bien nos acompañará á nosotros en el nuevo año, y que el capitán de nuestra salvación, que es el camino, la verdad y la vida, vaya delante de nosotros hasta que abra á todos los que han permanecido fieles á él, la puerta del país prometido.



EL SOL.

El sol, por cerca que parezca, cuando sale tras las montañas y nos mira en la fresca mañana, no dista ménos de la tierra que 150 millones de kilómetros. Pero este número con más facilidad se pronuncia que se comprende; por eso figúrate lo siguiente: Si desde el sol un cañón cargado con bala y dirigida á tí mismo se hubiera disparado, podrias tú en el momento del disparo, con sangre fría, principiar la construcción de una casa nueva, y al concluirla, vivir en ella por mucho tiempo sosegadamente. Porque si el proyectil siguiera una dirección recta y siempre con la misma velocidad, no llegaría á tí hasta el cabo de veinte y cinco años.

Que el sol no es un disco ó una ventana en el cielo, sino una esfera volante igual á nuestra tierra, ya se comprende más fácilmente. Pero ¡quién comprenderá en su inteligencia la extensión del sol, y cómo es posible que ejerza influencia benigna por medio de su luz y calor desde tal distancia incomprensible!

El diámetro del sol es ciento catorce veces mayor que el diámetro de la tierra; pero en medida cúbica su volumen es casi un millón y medio de veces mayor que el de la tierra. Si el sol en su interior fuese hueco, no solamente cabría en él nuestra tierra, sino la luna, que dista nada ménos que 370.000 kilómetros de nosotros, pudiera girar sin interrupción, y más aun, podría distar el doble, y sin embargo, seguir en su curso alrededor de la tierra.

Tan maravillosa es la naturaleza del sol, que ha salido, sin embargo, de la misma mano omnipotente que formó la semilla de la planta y hace brotar del suelo maravillosamente el tallo del trigo.

EL CABO

DE BUENA ESPERANZA.

(Conclusion.)

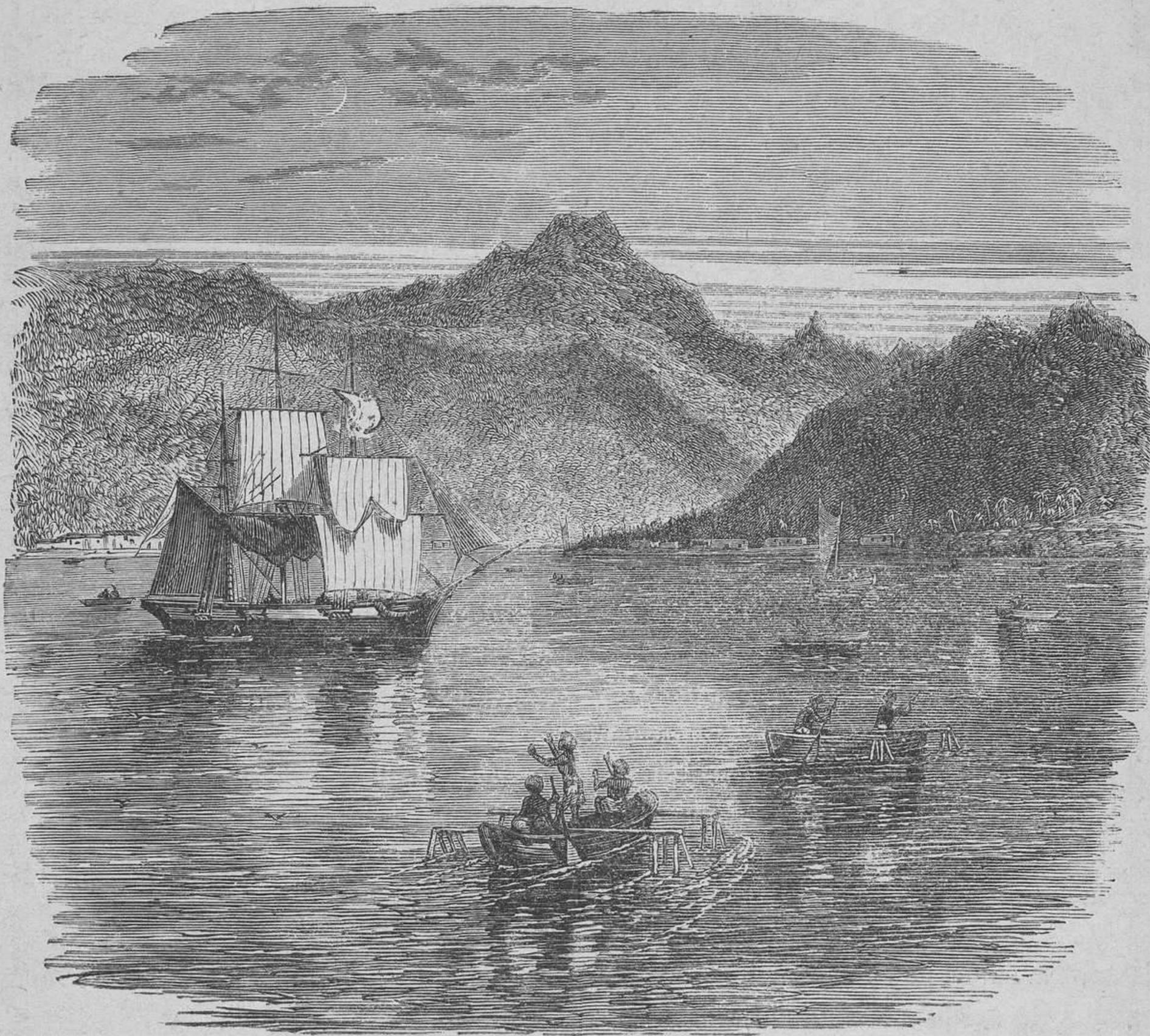
En 1481 subió al trono de Portugal Juan II, que tenía algo del espíritu de su tío, el príncipe Enrique.

Hasta ahora los descubridores habían tratado muy ligeramente con los habitantes de los países recién descubiertos. Pero el príncipe Juan, considerando las ventajas prácticas de esos des-

cubrimientos, empezó á edificar en el reino Benin, en la costa de Oro, una fortaleza llamada «el Mina». En 19 de Enero de 1482 se leyó en ese país la pri-

mera misa bajo un árbol y se empezó también la edificación de una iglesia.

Además mandó á Diego Cano á hacer nuevos descubrimientos, ordenándo-



le poner por todas partes columnas altas de piedra con las armas de Portugal, señalando la fecha del descubrimiento, el nombre del descubridor, etc.

En 1484 Cano descubrió el majestuoso río Congo ó Zaira, donde plantó

por primera vez sus columnas. Subió un trecho el río y encontró el país bien poblado de negros, que le dijeron que su rey, que era muy poderoso, vivía en el interior del país. Decidió mandarle una embajada, pero teniendo que em-

barcarse antes de su vuelta, llevó consigo á Portugal cuatro negros de las casas más nobles. Estos se mostraron tan inteligentes, que llegando á Sagres, ya sabian contestar en portugués.

El rey Juan se alegró tanto, que en seguida mandó á Cano con ricos regalos para el rey al Congo.

Cano entregó al príncipe negro los regalos, recomendándole aceptase la religion cristiana del rey de Portugal, y logró ganarse la confianza de su Majestad en tan alto grado, que este mandó un Embajador, Gazuta, con unos jóvenes nobles á Portugal, para instruirles en la fe cristiana.

Así se formó en la orilla del Congo una especie de reino cristiano, que se mantuvo unos ciento cincuenta años, pero más tarde se deshizo, y ahora apenas se encuentran ruinas de las cien iglesias que se habian edificado entónces.

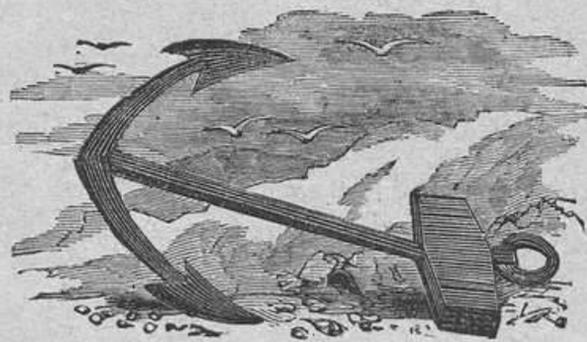
Un año despues de la vuelta de Cano, en 1486, mandó Juan II á Bartolomé Diaz á hacer descubrimientos. Este, en primer lugar, devolvió á su pais á Gazuta y á los otros jóvenes negros, que por la magnificencia de sus trajes colorados y sus narraciones, hacian una impresion profunda del poder del rey de Portugal.

Diaz siguió su camino hácia el Sur, y habiendo navegado ya bastante tiem-

po, fue sorprendido por una tormenta terrible que duró quince dias.

Al fin cesó el mal tiempo, y Diaz que se encontraba en alta mar, navegó hácia el Este, hasta que, no encontrando tierra, se decidió á tomar la direccion del Norte. Despues de pocos dias encontró la costa, y lo que le sorprendia mucho, fue que esta tenia la direccion del Nordeste. La tormenta le habia lanzado, sin que él lo supiese, al otro lado de Africa. La desanimacion de su gente no le permitia seguir el camino, de manera que seguia la costa hácia el Sur. Allí encontró la punta meridional de Africa, que se habia buscado en vano durante tanto tiempo.

Llegado en el mismo año de 1486 á Lisboa, refirió al rey las aventuras y peligros pasados, y llamando la punta meridional de Africa «el cabo de las Tormentas,» Juan II le interrumpió, diciendo en alta voz: «Así no debe llamarse, sino *Cabo de la Buena Esperanza*, porque ahí hemos encontrado el camino para las Indias.» Y este nombre tiene aun hoy dia.



EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PRECIOS DE SUSCRICION: Por un año: en Madrid, Ptas. 2; en Provincias, Ptas. 2.50.

Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID 1888. Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.